

## VERSION ESPAGNOLE ET THÈME

### I : VERSION

La confrontación de los loros había sido la respuesta a un desafío. Don Perfecto Reboiras se permitiera menospreciar en el Casino, ante un conjunto de varones responsables, al loro de don Acisclo. Había dicho, poco más o menos, que en Castroforte de Baralla había tres loros notables: el de Clotilde Barallobre, que hablaba en latín, sí, pero un repertorio limitado de frases y canciones que repetía sin ton ni son; el de don Acisclo Azpilcueta, de quien su amo pregonaba maravillas, pero que nadie las había visto, y que debía de ser un loro oligofrénico y zampatortas, porque aguantaba al preste y, por fin, el suyo, cuyas hazañas eran del dominio público y no había por qué ponderarlas, pero que entre otras cualidades tenía la de su longevidad, y que en tantos siglos había almacenado un saber incalculable y oculto, y que él estaba buscando la palabra clave que lo hiciese recordar los hechos pasados en una serie ordenada, al mismo tiempo cronológica y temática, de tal manera que respondiese agrupando los hechos en filas o en columnas, o, como Merlín decía, en un orden sincrónico o diacrónico...

El Alcalde llamó a don Acisclo y se lo contó. Don Acisclo, sin dejarse llevar por el primer impulso, meditó el plan que convenía seguir. Una mañana, metió al loro en una jaula, citó a los más conspicuos godos en la botica de don Perfecto, y él mismo se presentó allí, cuando ya todos se hallaban reunidos, con la jaula en la mano, bien cubierta con un pañuelo de hierbas. Se encaró a don Perfecto y le dijo: «¡Vamos a ver ahora qué pasa con mi loro, y a ver quién es aquí el oligofrénico y el zampatortas!» Y descubrió la jaula, desde cuyo columpio Belcebú contemplaba soñoliento a aquellos caballeros. El loro de don Perfecto estaba en la rebotica, amorriñado a causa de una gripe. Le costó trabajo al boticario convencerlo de que abandonara el rincón en que se había refugiado y acudiese al palenque, donde ya don Acisclo barafustaba con la seguridad del triunfo. Más aún: interpretaba la tardanza de don Perfecto como señal de que la pelea iba a abandonarse antes de comenzada. Don Perfecto acudió al remedio heroico de dar a su loro un poco de aguardiente, y, así reanimado, lo instaló en su hombro izquierdo y regresó. «Suelte el suyo, y a ver qué pasa.» «¿Es que quiere que se peleen?» «Yo no quiero nada, sino usted, que es el que vino a desafiarme.» «Yo propongo una batalla dialéctica.» «Sea cual sea la naturaleza de la contienda, mi loro está en libertad, y el suyo debe salir de la jaula para quedar en las mismas condiciones.»

Gonzalo Torrente Ballester, *La saga/fuga de J.B.* (1976)

## II : THÈME

Il ne reste plus que le silence.

Que Racine se soit tu après *Phèdre* (*Esther* et *Athalie* sont des pièces de circonstance), et Rimbaud après *Une saison en enfer*, je m'étonne qu'on y ait vu un si grand mystère. Des gens qui se taisent s'ils n'ont plus rien à dire que ce qu'ils ont déjà dit, cela devrait nous sembler la chose au monde la plus raisonnable et ne pas même retenir notre attention. Mais ils sont au contraire, à nos yeux, des personnages très singuliers, des espèces de monstres.

Chez nous autres, gens de lettres, l'habitude est bien trop souvent de ne pas tenir compte du fait que nous n'avons plus rien à apprendre à personne depuis des années. Trop de vieux moulins tournent à vide, bien qu'ils n'aient plus de grain à moudre, s'ils en ont jamais eu. Mais c'est ce dont nous nous soucions le moins : qu'il ne subsiste de nous qu'un tic-tac que la mort seule interrompra et que l'oreille ne perçoit même plus.

Elle ne le perçoit même plus, mais elle y est accoutumée au point que le silence d'un seul homme de lettres cause du saisissement, et c'est trop peu dire : il nous scandalise, d'un scandale qui ne s'épuise pas ; voilà quatre-vingts ans que Rimbaud s'est tu et nous n'en sommes pas encore revenus. C'est qu'écrire est notre métier – et quel métier ! Un écrivain qui choisit de se taire en foule au pied le privilège et l'admirable prérogative qui est de nourrir son homme (pourvu qu'il se soit fait ce qu'on appelle un nom) – sans qu'il soit tenu compte de la qualité du travail produit ni même de sa réalité. Le semeur est payé pour faire son « geste auguste » et même s'il ne sème rien.

François Mauriac, *Mémoires intérieurs* (1959)